

RAYMOND A. VILLAREAL

**HISTORIA POPULAR DEL
LEVANTAMIENTO
VAMPIRO**

Traducción del inglés
Pilar Ramírez Tello

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Título original: *A People's History of the Vampire Uprising*

Publicado en 2018 por Mulholland Books,
un sello de Little, Brown and Company, Hachette

© de la obra: Raymond A. Villareal, 2018

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: septiembre de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-17834-34-0

Depósito Legal: M-24323-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mis padres

«La única esperanza de los condenados
es no abrigar ninguna esperanza».

VIRGILIO:

La Eneida

PREFACIO

Al recibir la propuesta de recopilar una historia reciente de los crepusculares y su entrada en la sociedad, lo primero que pensé fue: «Demasiado pronto». Los acontecimientos todavía siguen precipitándose a pasos agigantados. Es precisamente el carácter cambiante de las condiciones actuales, sin embargo (puesto que aún estamos intentando dilucidar cómo hemos llegado hasta aquí), lo que me llevó a darme cuenta de que este es el momento idóneo para hablar del principio, el nudo y..., ya que no el desenlace, sí cuando menos ese lugar que ocupaba el *in media res* de los conflictos que nos ocupan ahora.

Quizás algunos historiadores consideren más eminentes o célebres a otros individuos aparte de los documentados aquí, pero creo que los protagonistas de este texto fueron los que más influyeron en el curso de los acontecimientos. De hecho, observo esos otros relatos con suspicacia. El trabajo de investigación sobre el que se sustentan es negligente, en el mejor de los casos, demasiado preocupada su prosa por los escabrosos detalles de sucesos irrelevantes.

También está dedicado este libro a los mártires que sacrificaron su vida por la causa, sin importar el bando. Otros historiadores han intentado subvertir esas muertes al servicio de sus intereses. Es irónico que la aparición de los crepusculares se produjese en la que, por lo general, se considera la época dorada de nuestro imperio: «*Un*

grand destin commence, un grand destin s'acheve», como dijera Corneille del Imperio Romano. Este es el error de base de los otros historiadores.

No el mío. Me niego.

Pese al tremendo sacrificio personal, me he esforzado por ser imparcial. He recibido amenazas y ataques mientras me documentaba para escribir este libro. De resultas de ello, y tras frecuentes hospitalizaciones, mi calidad de vida se ha visto grave y negativamente afectada. No les guardo rencor a los responsables, sin embargo. Estas páginas se han recopilado para todo el mundo: tanto para los que experimentaron de primera mano esa época como para los que no sobrevivieron a ella.

Espero, lector, haberte proporcionado la perspectiva necesaria.

[FIRMA CENSURADA]

22 de abril

New York Post, 13 de marzo¹: Anoche, en el distrito de Flatiron, tres personas sin identificar irrumpieron en el hogar del prestigioso abogado John Hatcher. La casa se encontraba desierta, puesto que el señor Hatcher asistía en esos momentos como espectador a una representación de *Nixon en China*. Se rumorea que la cantidad de oro que se llevaron los desconocidos, aún por determinar, podría superar los diez millones de dólares. Fuentes de la delegación regional del FBI en Nueva York señalan que, si bien el considerable sistema de vigilancia profesional del señor Hatcher no presentaba indicios de sabotaje, las autoridades no han podido utilizar las grabaciones de vídeo. Un portavoz del FBI ha declarado que la agencia todavía no tiene ningún sospechoso, aunque la investigación continúa.

¹ Página 3, sección metropolitana.

CAPÍTULO 1

15 de mayo, el origen
Primer día del descubrimiento del THON

Dra. Lauren Scott.
**Médica investigadora, Centro para el Control y la Prevención
de Enfermedades (CCPE)**

«Que se encarguen los muertos de enterrar a los suyos». Eso decía mi padre cuando las circunstancias le eran adversas. Es comprensible que la sangre, protagonista de tantas conversaciones en el transcurso de esta investigación, ocupara la mayor parte de mis pensamientos. Aunque suene extraño viniendo de un médico, la mera visión de una gota de sangre siempre me ha provocado pavor. ¿Alguna vez habéis visto a un pájaro desplomarse en el suelo, como fulminado, tras estamparse contra una ventana? Pues algo por el estilo. De pequeña, el ritmo cardíaco y la presión arterial se me reducían al mínimo y ¡paf! Bajaba el telón y se apagaban las luces. Me despertaba tendida de espaldas.

Más adelante, cuando tenía quince años, otro médico me explicó amablemente en qué consistía la «tensión aplicada», según la cual se tensan los músculos de las piernas, el torso y los brazos para aumentar el riego sanguíneo en la cabeza, lo que contrarresta el impulso de

desmayarse. Era ingenioso. Me pasé años perfeccionando mi técnica, tensando todos esos músculos hasta convertir la respuesta en algo automático, puesto que necesitaba ser capaz de enfrentarme a la visión de la sangre. Incluso de pequeña, ya quería convertirme en doctora.

Sé que todos los médicos decimos lo mismo, pero es verdad. Mi padre se ganaba la vida reparando neveras estropeadas, y yo solía acompañarlo cuando llegaba el verano. Me fascinaba el espectáculo de desmontar con cuidado la cubierta trasera para dejar al aire las entrañas del motor del frigorífico. Después retiraba los cables del adaptador y el condensador, extirpándolos con el esmero de un cirujano. Utilizaba el soldador para limpiar y reemplazar las zonas defectuosas. Por enmarañados que fuesen aquellos nidos de alambres, mi padre no tenía la menor duda sobre cuáles eran los que había que sacar y arreglar. Yo lo consideraba un médico de los frigoríficos, y fantaseaba con que se dedicaba a operar robots viejos. Mi sueño era convertirme en doctora, como mi padre; salvo que, en vez de arreglar neveras, repararía personas.

También mi madre era una persona precisa, aunque de un modo mucho menos productivo. Acostumbraba a ordenar una y otra vez la mesa de su despacho y las cosas de casa ¡PARA TENERLAS EN ORDEN!, como una posesa. Entre el uno y la otra me inculcaron una personalidad disciplinada al máximo, idónea para el ejercicio de la medicina. Mi hermana pequeña, Jennifer, era la otra cara de la moneda. Antes de cumplir los doce años ya se había escapado de casa en más de diez ocasiones. Pero no por fugarse del domicilio paterno, sino para ir al lago, a algún concierto o incluso al centro comercial. Al final, mis padres llegaron a la conclusión de que lo único que quería Jennifer era disfrutar de la vida.

«¡La próxima vez dinos adónde quieres ir y te llevo yo con el coche!», le gritó mi padre después de que hubiera desaparecido durante tres días para andar por ahí de excursión.

A favor de mi padre hay que decir que, hasta que Jennifer se hubo sacado el permiso de conducir (otra batalla épica de por sí para los anales de la historia), cumplió su palabra.

Ya en la facultad de medicina, no tardé en darme cuenta de que toda intervención invasiva propiciaba que apareciese la sangre, lo cual me llevó a especializarme en virología. Mi primer contacto con la..., la «enfermedad» se produjo poco después de que iniciase mi andadura en el CCPE, el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades.

El CCPE, como su nombre indica, es una agencia gubernamental que tiene por objetivo proteger la salud y la seguridad públicas mediante el control y la prevención de las enfermedades, las lesiones físicas y las discapacidades. Hacía poco que me había graduado en la facultad de medicina con la intención de convertirme en médica investigadora y, recién finalizadas las prácticas, el CCPE acudió a mi universidad para hablar de los protocolos que debían seguir aquellos doctores cuyo trabajo de campo los enfrentaba a síntomas exóticos o desconocidos. Me fascinó el razonamiento deductivo consustancial a su actividad, como si fuesen detectives tras la pista de microbios y células vivas. Mi currículum de investigadora, sumado a la experiencia con patógenos y agentes letales que había adquirido en el laboratorio del nivel 3 de bioseguridad, me convertía en una candidata natural para ingresar en la agencia. Por aquel entonces, además, había realizado prácticas en varias naciones del tercer mundo, sobre todo en el oeste africano, de la mano de la Organización Mundial de la Salud. Así que, como primer empleo, me pareció ideal.

Joven e inexperta en las filas, solían enviarme a cubrir las alertas sanitarias menos peligrosas que se recibían desde todos los rincones del país. Motivo por el cual un dos de abril, tras recibir un informe tan vago como enigmático de Nogales, en Arizona, los más veteranos de mis colegas ni siquiera pestañearon. Daba la impresión de tratarse de simple rutina.

Así que el CCPE me mandó a mí para allá.

La petición de Arizona recibió un trato ligeramente más prioritario de lo habitual porque Nogales es una población fronteriza y, en fin, nunca se sabe lo que puede pasar tan cerca de otro país. Por si fuera poco, aquella misma semana se había desatado la alarma a causa de una oleada de llamaradas solares, lo que no contribuía a aliviar la tensión. El extraordinario fenómeno había estado provocando interferencias con las transmisiones por satélite y las señales de radio, además de cortocircuitos en los transformadores de la red eléctrica. El león, sin embargo, no era tan fiero como se empeñaban en pintarlo algunos noticiarios; si de Fox News o la CNN dependiera, cualquiera creería que el mundo entero se había sumido en la oscuridad, cuando lo único que ocurría en realidad era que el país estaba experimentando unos cuantos apagones e irregularidades con algunos proveedores de internet y servicios de GPS. Mi hermana Jennifer y yo, que a menudo nos comunicábamos mediante mensajes de texto, habíamos decidido esforzarnos por mantener el contacto sin importar los obstáculos que la red pusiera en nuestro camino. Acordamos enviarnos las postales más cutres que encontrásemos, a poder ser compradas en algún restaurante o gasolinera. Las circunstancias, en cualquier caso, propiciaron que, mientras me dirigía a Arizona, no

dispusiera de nada más que unas cuantas conversaciones por teléfono con los agentes de Nogales para ponerme al corriente de lo sucedido.

Llegué un abrasador martes por la tarde, abofeteada por el aire caliente mientras salía del aeropuerto en busca de un taxi. Mi contacto en Nogales era el doctor Hector Gomez, director del departamento de salud de la ciudad además de su forense; habíamos quedado en vernos en las oficinas del servicio forense para que yo pudiera examinar los cadáveres en cuestión. Acarreaba tres maletas, dos de las cuales contenían mi equipo, incluido un traje anticontaminación y otra indumentaria de protección. La normativa del CCPE estipulaba que todos los investigadores encargados de realizar análisis preliminares in situ debían ir preparados al menos con un uniforme de cuerpo entero resistente a la agresión con productos químicos. Contemplé la posibilidad de llevarme también un traje de nivel A con equipo de respiración autónomo, pero al final me pareció exagerado. Además, pesaba un montón.

La consulta del médico forense consistía en una modesta oficina modular de insulso color verdoso, muebles funcionales y pintura barata con plomo. En el pequeño recibidor vi a un joven que deduje que debía de ser el doctor Gomez; nervioso, esperaba mi llegada junto a un hombre uniformado de policía.

—Hola —lo saludé mientras le ofrecía la mano, esforzándome por aparentar más edad y experiencia de las que tenía—. Soy Lauren Scott.

El hombre, con los labios fruncidos bajo un poblado bigote moreno, me estrechó la mano.

—El doctor Gomez. Encantado de conocerla, doctora Scott. Celebro que haya llegado por fin. Este es el sheriff Wilson.

El aludido se tocó el ala del sombrero de vaquero bajo el que se extendía su alta figura. La expresión cincelada en su rostro aperga-

minado me indicó que estaba listo para ir al grano sin más preámbulos.

—Un placer.

—Me alegra conocerlos a ambos —contesté—. Pero, por favor, llámenme Lauren.

—Deberíamos comenzar de inmediato —dijo el doctor Gomez mientras toqueteaba la libreta que sostenía en la mano derecha. Casi como si se sintiera tentado de tomar apuntes sobre la conversación que estábamos manteniendo—. Pasemos a la morgue para revisar nuestras notas y examinar el cadáver.

Los seguí por un largo pasillo, primero, y después por un tramo de escaleras que conducía hasta el sótano. Olía a alcohol y formaldehído, y la temperatura glacial provocaba que los fluorescentes parpadearan. Costaba aguantarse las ganas de soltar algún chiste o salir por piernas; aquel edificio tan lóbrego parecía sacado directamente de una serie de televisión. Vi un cuerpo tendido en la mesa de disección, cubierto por una sábana verde. Mientras el doctor Gomez la levantaba, se me pasó por la cabeza que debería haberme puesto alguno de los trajes o, cuando menos, una mascarilla de protección. Todavía era novata y me obsesionaba contagiarme de cualquiera de las enfermedades con las que me pudiera topar, a diferencia de los más veteranos y curtidos de mis compañeros, que se paseaban por las zonas de mayor riesgo con apenas un par de guantes, no hablemos ya de trajes anticontaminación.

Al acercarme al cadáver me fijé en que no se apreciaban lesiones visibles.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunté.

El doctor Gomez miró de reojo al sheriff, cuyo rictus huraño le proyectaba hacia delante el labio inferior, antes de contestar:

—Veinticuatro horas.

En lugar de solicitar ayuda en aquel preciso momento, mi reacción fue volverme hacia Gomez, sorprendida.

—Hace tres días llamó para informar de que se habían encontrado los restos de una persona que exhibía hematomas poco usuales y contusiones intradérmicas en más del 90% del cuerpo. Creía que este era el sujeto en cuestión. Necesito ver el otro cadáver.

El sheriff Wilson y el doctor Gomez cruzaron la mirada de nuevo, angustiados.

—El otro cadáver ya no está aquí.

Los miré fijamente, sin parpadear y, pondría la mano en el fuego por ello, boquiabierta.

—¿Cómo dice?

—Alguien se lo ha llevado de la morgue, por lo visto —contestó el sheriff Wilson con cara de desasosiego—. Todavía lo estamos investigando. No nos explicamos cómo ha podido salir de aquí, la verdad, ni quién en su sano juicio querría robarlo. Espero que hayan sido los puñeteros críos de la universidad, por gastar una broma.

—Vaya. —Señalé con el dedo el cuerpo de la camilla—. Entonces, ¿este quién es?

—Otro cadáver que hemos encontrado en la quebrada —contestó el doctor Gomez—. Exhibía unas contusiones intradérmicas idénticas a las del primero.

Me incliné sobre el cadáver, sobre cuyo cuero cabelludo se habían practicado ya varias incisiones. Interrogué con una mirada de soslayo al doctor Gomez, que dijo:

—En un principio nos pareció buena idea ir adelantando tarea, pero luego nos lo pensamos mejor y paramos. Disculpe.

—No me esperaba algo así cuando les envié el *e-mail* con el protocolo. —Estaba cabreada, pero ¿qué iba a hacer yo? Reanudé el exa-

men externo. Tendría que conformarme con una evaluación superficial, de momento. Dejé el iPhone encima de una mesita y activé la aplicación de la grabadora—. A simple vista no se aprecia ningún indicio de lesiones a las que atribuir la causa de la muerte. Parece tratarse de una mujer de unos treinta años en condiciones físicas relativamente aceptables. No se distingue ningún tipo de marcas ni tatuajes. Al girarle la cabeza se detectan dos heridas circulares, incisiones, de idéntico diámetro milimétrico... Mordeduras, tal vez, próximas a la carótida. Profundizan en la piel hasta una distancia indeterminada.

Me agaché un poco más y aspiré un rastro sutil. ¿Una fragancia floral? Algo dulzón, aunque, curiosamente, no del todo desagradable. Perfume barato, lo más probable. Me froté la nariz con el dorso de la mano. El olor perduraba en exceso, hasta el punto de volverse incómodo. Proseguí:

—Aunque sería preciso practicar una disección, a simple vista nada sugiere que esta sea la causa de la muerte, a menos que se le haya inyectado algún tipo de veneno. Las heridas, en cualquier caso, parecen marcas de dientes. No se asemejan, sin embargo, a ninguna mordedura con la que yo esté familiarizada, ni de persona ni de otro mamífero. Me dispongo a examinar el cadáver bajo una lente de aumento. No hay sangre ni tejidos bajo las uñas, pero tomaré una muestra para analizarla con más detalle. Se diría que la dentadura está en buen estado, aunque dos de los molares superiores están algo sueltos. Aún es pronto para aventurar cualquier posible hipótesis al respecto. Tras examinar el cuerpo de pies a cabeza, siguen sin revelarse traumatismos visibles. Habría que realizar lo antes posible un análisis químico del cabello y la sangre. Los ojos no presentan el menor rastro de hemangioma o Petequia. Mañana a primera hora se procederá a examinar y diseccionar el cerebro.

El doctor Gomez me pasó una jeringa. Tomé sendas muestras de sangre y saliva y las deposité en sus correspondientes contenedores para residuos sospechosos de presentar alguna amenaza biológica. Me costó extraer una cantidad de sangre aprovechable. El cadáver, al tacto, se notaba inusitadamente exangüe. Quizá se debiera a una coagulación prematura.

—¿Adónde puedo llevar estas muestras para que las analicen lo antes posible?

—La Universidad de Arizona, en Santa Cruz, cuenta con un pequeño laboratorio —respondió el doctor Gomez—. Podría pedirle a alguien que las transportara esta misma noche, los técnicos de allí me deben varios favores. Le darán prioridad. Quizá no obtengamos los resultados más detallados del mundo, pero será un comienzo.

Al salir al pasillo, me detuve y me volví hacia el sheriff.

—Estaba preguntándome... ¿Han desestimado que la causa sea humana antes de llamarme? Me refiero a que no sospecharán que se trate de un asesinato ni nada de eso, ¿verdad?

Wilson asintió con la cabeza.

—No, pero el primer cadáver, la mujer, estaba muerta. Quiero decir que no se le detectaron constantes vitales. ¡Pero después se levantó y se largó! Hector les mandó una muestra de cabello a los técnicos del laboratorio estatal de criminalística, y ellos nos dijeron que había sustancias inidentificables o algo por el estilo y nos pidieron que avisáramos a la consejería de salud del estado. Teníamos que llamar a alguien. Alguien con jurisdicción federal. A Hector, aquí presente..., al doctor Gomez, quiero decir..., se le ocurrió que deberíamos dar parte al CCPE. El siguiente nombre de la lista era el FBI. —Sonrió—. Todavía no hemos descartado esa posibilidad.

—Gracias —dije, esforzándome aún por ordenar todas las ideas que rebotaban dentro de mi cabeza—. Creo que voy a volver al hotel para terminar de instalarme. Después saldremos a explorar la quebrada en la que se encontraron los cadáveres.

El sheriff Wilson y el doctor Gomez empezaron a rascarse la mejilla a la vez mientras asentían con la cabeza, en silencio.

Me alojaba en un cochambroso La Quinta, a escasa distancia de la frontera con México. La ciudad ofrecía pocas opciones. Solté las maletas de cualquier manera encima de la cama e intenté echarme una siesta, aunque el aparato de aire acondicionado refunfuñara como un tubo de escape estropeado. Tarde o temprano tendría que levantarme para examinar los resultados del examen toxicológico; más temprano que tarde, con suerte.

Ya entonces, pese a tratarse de los primeros compases de la investigación, todo me parecía muy raro. ¿Para qué querría nadie un cadáver del laboratorio forense? También las marcas de mordiscos me desconcertaban. Además, ¿dónde se habría metido toda esa sangre? Tantos años rehuyéndola a toda costa, y ahora deseaba que apareciera. Todo tenía que ver con la sangre, siempre. Recordé las palabras de Macbeth: «Quienes más cerca están de la sangre son los más propensos a derramarla». Creo que fue mi padre el que me enseñó esa cita; parece que lo hubiera hecho a propósito, en retrospectiva, puesto que desde entonces me he sentido como si estuviera cubierta de ella.

Transferí las fotos al iPad y me esforcé por dilucidar qué clase de animal podría haber dejado esas marcas. Busqué algún significado en la movilidad de aquellos molares superiores e intenté recordar qué enfermedad sistémica podría causar algo así. Aunque la diabetes y el

cáncer eran los candidatos más evidentes, el cuerpo daba la impresión de gozar de buena salud, por lo que descarté esas opciones. Existían otros tipos de trastornos del sistema inmunitario que podrían haber contribuido a algo así, pero para comprobarlo hacían falta más pruebas. Tomé nota mental de solicitar el envío de una muestra de tejidos a Atlanta. Aquella era mi primera misión en solitario; tenía que cubrir todas las posibilidades.

Acababa de apoyar la cabeza en la almohada cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos y casi me provoca un infarto.

—¿Doctora Scott? Aquí el sheriff Wilson y el doctor Gomez.

Descorrí el pestillo y abrí la puerta. Allí estaban los dos, en efecto; la viva imagen del bochorno y la frustración.

—Disculpe —dijo el sheriff—. Hemos intentado llamarla por teléfono, pero debe de haberle quitado el sonido...

—¿Qué ocurre? —lo interrumpí. Era más que probable que, llegados a ese punto, el agotamiento estuviera empezando a hacer mella en mí—. ¿Ya hemos recibido los resultados?

Wilson miró a Gomez de reajo, como si ninguno de los dos tuviera muchas ganas de hablar. Aquel duelo de silencio lo ganó el sheriff.

—El cadáver... —comenzó el doctor Gomez—. En fin, que ya no está en la morgue.

—Es la primera vez que entran a robarnos —murmuró a modo de explicación el sheriff Wilson mientras regresábamos al depósito. Recuerdo haber pensado que, como logro, era algo ambiguo, en el mejor de los casos—. Aunque se trata de algo más —prosiguió—. El guardia de la puerta trasera asegura que la mujer se acercó a él y

lo golpeó con un martillo quirúrgico. No recuerda gran cosa después de eso.

—Perdón, ¿qué mujer?

—La que usted había visto. El cadáver que estaba en la mesa. Me reí sin poder evitarlo.

—¿Cómo? No puede ser cierto.

Todos guardamos silencio un momento hasta que el sheriff dijo:

—Nos lo ha jurado.

Miré por la ventanilla, y era como una película en bucle: el mismo cactus saguaro cada pocos kilómetros, con sus brazos torcidos fijos en un saludo permanente a los estepicursos que, de vez en cuando, pasaban dando tumbos por la carretera.

Cuando llegamos al depósito de cadáveres, un ayudante del sheriff supervisaba la escena que acabábamos de abandonar pocas horas antes, como si buscara sus llaves. Vi la mesa vacía y los materiales del estante tirados por el suelo, como víctimas de un terremoto. Me fijé en el rollo de gasa y las tijeras que había sobre la mesa.

Wilson se percató de mi interés.

—El ayudante dice que la cabeza de la mujer estaba vendada —me explicó.

Miré al doctor Gomez, que me devolvió la mirada y se encogió de hombros. Entramos en la otra habitación, donde un segundo ayudante que no aparentaba más de diecinueve años estaba sentado en el suelo, con la cabeza vendada. Nos contó la historia mientras se apretaba una bolsa de hielo contra la contusión.

—Pues estaba yo solo y, de repente, esa chica...

—El presunto cadáver —dije.

—Sí, eso, ella. La tenía de pie, a mi lado. Yo estaba comiéndome un Twix. La chica...

—El presunto cadáver —repetí.

El ayudante hizo una pausa y miró al sheriff, nervioso, antes de continuar:

—Sí, el presunto cadáver. Llevaba pantalones. Y una sudadera. Sin zapatos.

—Hay una taquilla al final del pasillo —intervino el sheriff Wilson—. La usan los técnicos y los ayudantes asignados al depósito. La han reventado y faltan precisamente esas prendas.

—Quería preguntarle qué estaba haciendo, pero no me salían las palabras. Entonces, cuando me recobré, mi cabeza se estrelló contra el extremo de ese martillo —concluyó el ayudante, con el ceño fruncido.

Asentí e intenté que no se notara mi disgusto.

—Vale, en cuanto al otro cadáver que desapareció ayer... ¿Había...?

—También desapareció ropa de la taquilla —me interrumpió Wilson, adelantándose a mi pregunta.

Se me pasó por la cabeza que el ayudante también parecía medio muerto y puede que puesto de anfetaminas, y no por culpa del reciente martillazo en la cabeza. Supongo que costaba conseguir empleados en condiciones. Como no tenía nada más que hacer (no habíamos recibido los resultados de los análisis preliminares, no podíamos examinar ningún cadáver y todo el mundo estaba despierto), decidimos visitar la zona del desierto en la que habían encontrado los cuerpos.

El desierto seguía envuelto en sombras, aunque soy incapaz de describir lo oscuro que llega a ser a tan poca distancia de la frontera. A pesar de encontrarnos a diez minutos escasos del depósito de cadáveres.

veres, era como si los faros de nuestros vehículos condujeran a otro mundo, uno más cerca del negro cielo. Acabamos en una suave colina cerca de una valla metálica de dos metros y medio de altura con alambre de espino arriba y bolardos de hormigón cada quinientos metros. Soplaban un viento caliente del sur, y no había ni pájaros ni animales a la vista. Supongo que así era la frontera, aunque resultaba un poco decepcionante. Al salir de la furgoneta policial me sorprendió ver que el suelo estaba cubierto de hierba, no de arena del desierto.

El sheriff le dio una palmada a la valla.

—Al otro lado de esto estaríamos en México. No hay gran diferencia, ¿verdad?

Por lo que veía por encima del muro, parecía más de lo mismo, salvo que más lejos de nuestras luces. No lograba sacudirme de encima la sensación de que algo me devolvía la mirada desde algún lugar en la turbia distancia. Forcé la vista para intentar distinguirlo y percibí muchos años de vacío esparcidos por aquellas llanuras, lo que me estremeció y me hizo toser.

Los faros de la furgoneta iluminaron el hoyo poco profundo más cercano a la valla. El frío viento del desierto me provocó un escalofrío que me recorrió la columna. Me arrodillé frente al agujero, donde no vi nada más que tierra húmeda. El doctor Gomez, encorvado a mi lado como si fuera el receptor de un equipo de béisbol, tocó la tierra.

Los cadáveres los había encontrado un camionero al que se le había quemado el motor mientras transportaba componentes informáticos de segunda mano. Nadie sabía decir por qué había tomado una ruta tan indirecta, aunque el sheriff sospechaba que llevaba alguna carga ilegal. El camionero estaba en el arcén, esperando a que

llegara la grúa, cuando distinguió lo que le pareció una figura que huía a toda velocidad. Entonces vio una mano algo más allá. Cuando se acercó a investigar, encontró el cadáver.

—La patrulla fronteriza apareció antes que la grúa —explicó Wilson con una voz que los faros tornaban incorpórea—. Después se quedaron con el cadáver mientras comprobaban la valla. Llamaron a nuestra oficina. En cuanto al resto, ya lo sabe.

Barri la zona con mi linterna, metí un puñado de tierra en una bolsa de plástico para analizarla y apunté con la luz a la bolsa: la tierra parecía rojiza. Miré al doctor Gomez.

—¿Es sangre seca?

El hombre cogió la bolsa, se echó atrás el sombrero de vaquero y la examinó con su linternita.

—Puede.

Me devolvió la bolsa e iluminó el suelo. Después hundió la mano en la tierra y la examinó con la linterna mientras se restregaba el índice y el pulgar.

—Mierda. Y, además, está húmeda.

Mientras le daba vueltas a cuáles serían los protocolos de la patrulla fronteriza, metí un dedo en el mismo lugar que Wilson, y me vi con una mezcla de sangre seca y húmeda entre los dedos. En retrospectiva, toda la zona parecía una tumba poco profunda y abierta, claro. Pero en aquel momento, aquella mañana, no era más que tierra suelta cerca de una valla. En aquel momento, nadie sabía lo de la tumba colectiva del otro lado.

Llegué a mi hotel sobre las cinco de la mañana. Me apoyé en la dura almohada y pensé en enviar una actualización por correo electrónico

al CCPE, pero estaban liados con otro susto del ébola en África con posibles portadores en Minnesota, así que nadie leería mi informe hasta dos semanas después, y eso con suerte.

Debía de llevar una hora dormida cuando empezó a vibrarme el móvil: era el doctor Gomez, y su tono era urgente, aunque, para ser sincera, el hombre parecía fuera de sí desde que lo conocía.

—Ha llamado el laboratorio —dijo a toda prisa—. Quieren vernos cuanto antes.

En el laboratorio científico de la Universidad de Arizona en Santa Cruz (a unos treinta minutos en coche de Nogales), me serví un café en la abarrotada oficina y, mientras agitaba el azúcar apelmazado, me presenté al estudiante y al profesor de medicina que nos esperaban. Gomez parecía no haber dormido en dos días. Estrechó la mano del profesor Chen como si ya se conocieran. Chen era un hombre de cierta edad, delgado y vivaracho, con pelo de profesor y ropa arrugada. Su ayudante, Jimmy Morton, tenía toda la pinta de un *hipster* salido de un departamento de *casting*. Vestía una camisa de franela roja y lucía un bigote que le salía disparado de la cara como un alambre. Debía de haberse olvidado el monóculo en casa.

Chen nos indicó por señas que nos acercáramos al ordenador.

—Vale, hemos realizado un análisis preliminar de la sangre. Por aquí la cosa está muy tranquila, así que hemos sido rápidos, aunque, permítanme que les diga, necesitamos a un hematólogo para que examine esto. —Los ojos le brillaban como fuegos artificiales—. Prepárense para alucinar. —Hizo clic con el ratón en el ordenador, y una imagen de microscopio 1000x HD apareció en la pantalla, en tonos verde neón y rojo, como un videojuego animado—. Habría sido

mejor contar con una imagen de microscopio óptico, pero, como resulta evidente, aquí no tenemos acceso a ese equipo. —Señaló con un dedo huesudo los círculos rojos de la pantalla—. Miren las plaquetas. Al principio creíamos que se trataba de algún tipo de anemia de células falciformes, una que desconocemos, pero miren esto, es como un caso clásico de leucemia. Sin embargo, eso tampoco aparecía en nuestros análisis. Y tiene un estado hipercoagulable característico en algunas ocasiones, y después vuelve a adaptarse.

El sheriff Wilson alzó una mano.

—¿Qué es eso de hiper... lo que sea? —preguntó.

—Significa que la sangre tiene tendencia a coagularse con facilidad —respondió Jimmy. En secreto recé para que empezara a retorcerse el bigote mientras hablaba—. Eso no es bueno, porque pueden crearse coágulos de sangre peligrosos para el portador. Una persona con la sangre en este estado debería tener coágulos por todas las venas.

—La verdad —siguió diciendo el profesor Chen mientras se restregaba las callosas palmas de las manos—, diría que esto es lo que mató a la víctima.

—Está viva —le dije. Miré al sheriff—. Presuntamente.

Chen y Morton nos miraron; después se miraron el uno al otro.

—¿Cómo? Eso es absurdo —soltó el profesor, aunque no esperó a la respuesta—. Por otro lado, no se lo van a creer, pero la sangre se licúa a un ritmo... Lo que quiero decir es que las células que coagulan la sangre empiezan a mutar a un nivel similar al del ébola. Lo digo en serio.

—Cierto —corroboró Jimmy.

—Es como un tipo de trombocitosis esencial con el que no estoy familiarizado en absoluto. Hay que enviarlo al laboratorio de la Universidad de Arizona para realizar más pruebas —dijo Chen—. Si les

soy sincero, deberíamos llevar trajes anticontaminación nivel A o examinar la muestra en un laboratorio con nivel de bioseguridad 4. Me encantaría averiguar si el transporte de colesterol de la Niemann-Pick tipo C1 resulta esencial para la transmisión, como ocurre con el ébola.

—Tengo que enviar una muestra al CCPE lo antes posible —dije, hipnotizada por la pantalla.

Sentí una descarga de adrenalina. ¿Acaso acababa de nacer un nuevo virus en aquella vieja ciudad polvorienta?

En aquel momento sonó el móvil del sheriff, que se apartó un poco para responder.

—La hematología no es mi especialidad, por supuesto —observó el doctor Gomez—, pero ¿puede un cuerpo sobrevivir durante mucho tiempo con estas condiciones?

—No es probable —respondió Chen—. Supongo que todas las enfermedades tienen sus valores atípicos, pero no creo que un cuerpo pueda soportar ninguna de estas complicaciones. Es decir, fíjense, por ejemplo, en el ébola, que mata el cuerpo en poco tiempo, y esto tiene todo el aspecto de ser igual de malo, si no peor. Lo normal es suponer que esa fue la causa de la muerte. Y ahora me dicen que esta mujer no está muerta. Me parece inverosímil, a decir verdad.

—A mí también, y aun así ha pasado —respondió el doctor Gomez, que se encogió de hombros.

El sheriff Wilson regresó junto al ordenador.

—Buenas noticias, por fin. Tenemos una pista de verdad. La compañera de piso de una joven llamada Liza Sole ha denunciado su desaparición, y la descripción coincide con nuestro cadáver ambulante desaparecido.

—¿Podría acompañarlos? —pregunté.

—Es justo lo que iba a pedirle —respondió Wilson.

Acabamos en un complejo de apartamentos más antiguo, a tan sólo cinco kilómetros de allí. El sol ya había salido, y sentía que me había quedado sin energía. Me moría por otra taza de café, a pesar de estar bastante segura de que no iba a conseguir ninguna en el futuro próximo. Curiosamente, antes odiaba el olor a café porque me recordaba a la casa de mi tía, en Florida, durante el verano, donde siempre flotaba en el aire aquel olor, y hacía un calor y una humedad horribles. El café me olía a aburrimiento y mosquitos. Sin embargo, la facultad de medicina te obliga a cambiar todos tus hábitos y actitudes anteriores.

Conté unas veinte unidades en el complejo, lo que significaba que no era grande: dos plantas y algunas plazas de aparcamiento, nada más. Subimos las escaleras en busca del apartamento 221. El rostro del sheriff se ensombreció al llegar a los escalones superiores.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el doctor Gomez.

—Se suponía que uno de mis ayudantes se reuniría aquí con nosotros. Debería estar ya esperándonos. Me dijo que ya estaba aquí. —Frunció el ceño y miró a su alrededor—. Ya saben, somos un condado pequeño. Espero que mis ayudantes estén disponibles cuando se lo pido.

Wilson llamó a la puerta unas cuantas veces, esperó, se lo pensó un momento y después puso la mano en el pomo y lo giró. La puerta se abrió. Pero, en vez de entrar, nos miramos. Tras exhalar un largo suspiro, el sheriff se metió en el piso.

—Me ha parecido oír a alguien pidiendo auxilio —dijo sin mucha convicción.

Entramos todos, y me sorprendió un olor raro pero familiar. En aquel momento no lo ubiqué, aunque, claro, ahora sé que era el mis-

mo aroma dulzón que había olido en Nogales menos de seis horas antes. Y, por supuesto, deberíamos habernos puesto mascarillas antes de entrar. Había violado ya tantos protocolos en aquella visita que me sorprende haber conservado mi empleo.

Daba la impresión de que habían abandonado el apartamento por una emergencia. El televisor estaba encendido; echaban un *reality show* de famosos. Todavía había dos platos de sushi a medio comer en la mesa del salón, con dos copas de vino al borde de la misma. Wilson y Gomez miraron dentro de uno de los dormitorios mientras yo me acercaba a la cocina. Todo parecía en orden. Vi un trozo de cartulina con flores pegada al frigorífico con un imán de Bob Esponja. Con letras mayúsculas, anunciaba: «¡¡COSAS QUE LIZA TIENE QUE HACER ESTE AÑO!!». Sin pensar, lo cogí y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta. El sheriff volvió al cuarto de estar y miró de nuevo a su alrededor.

—Ni rastro ni de la compañera de piso ni de la chica muerta —dijo. La compañera que había presentado la denuncia se llamaba Glenda Jones. Aunque poco importa ahora. Me miró—. El presunto cadáver.

Ni siquiera intenté reprimir la sonrisa; y todavía sonreía cuando un grito del doctor Gomez interrumpió nuestro intercambio. Ambos corrimos al pasillo y estuvimos a punto de darnos de bruces con él, ya que Gomez corría en dirección contraria. Señaló detrás de él mientras el sheriff sacaba su arma.

—En el cuarto de baño —gritó Gomez.

Wilson fue delante y me ordenó que no lo siguiera, a lo que no hice caso. El sheriff entró en el cuarto con la pistola preparada. Era un aseo pequeño, así que me quedé en el umbral.

—Dios mío, no —dijo Wilson.

Se arrodilló al lado de la bañera y enfundó el revólver. Entré y miré por encima de él: en la bañera había un joven con el mismo uniforme que el sheriff; tenía el rostro pálido y los ojos abiertos.

Evidentemente, estaba muerto. Por el momento.

Así es como empezó todo, en realidad: con una chica que regresó de entre los muertos, un ayudante asesinado y una compañera de piso desaparecida. Más adelante me odiaría por no haber llamado de inmediato al FBI y ordenado la cuarentena de la zona. Sin embargo, los acontecimientos avanzaban demasiado deprisa. Desde aquel instante en el cuarto de baño de Liza Sole, ni la policía ni el CCPE (es decir, yo) paramos un segundo.

Por supuesto, quería tomar muestras del apartamento, aunque no había nada digno de mención. Lo más curioso: la absoluta ausencia de sangre. La autopsia realizada por el doctor Gomez concluyó que el ayudante del sheriff, Shawn Miller, murió desangrado. Dedicó muchas horas de aquella autopsia a intentar encontrar otra causa de la muerte, pero era la única posible.

Yo también examiné el cadáver y llegué a la misma conclusión. Además, la sangre sólo podía haber salido por dos orificios realizados en la arteria carótida. No se detectaron ni traumatismos ni contusiones ni arañazos, ni cortes de ningún tipo.

El doctor Gomez estaba atónito. Ni con un cuchillo de carnicero se habría extraído la sangre de un modo tan eficiente. Pasé aquel primer día con él, intentando dilucidar cómo era posible que el cuerpo hubiera perdido toda su sangre en cuestión de minutos a través de esos dos agujeros. El ayudante Miller había llegado al lugar de los hechos menos de una hora antes que nosotros, había tomado decla-

ración, había avisado a su jefe y nos había esperado. No parecía posible.

Los escasos restos de sangre que el doctor Gomez y yo encontramos en el cuerpo presentaban los mismos indicadores que las muestras del cadáver huido del depósito. La muestra se envió a Galveston, Texas y al laboratorio con nivel de bioseguridad 4 de la Universidad de Texas; en ella distinguieron la misma estructura que en la muestra anterior. No obstante, al examinarla en una micrografía electrónica, descubrieron una mutación de lo que identificaron como el virus de Marburgo, un virus de fiebre hemorrágica considerado tan peligroso como el ébola. Mis supervisores seguían sin reconocer la importancia de nuestros hallazgos, aunque me ordenaron que permaneciera en el terreno por si otras personas presentaban síntomas típicos del virus. No quería ni pensar en el aspecto que tendría mi piso de Atlanta después de otro mes fuera de casa. Como si me hubiera leído la mente, mi madre me llamó justo entonces, histérica: «¡Lauren, gracias a Dios! ¿Qué está pasando? ¡Tu piso parece abandonado!», balbuceó. Yo le había pedido a mi hermana que le echara un vistazo cada pocos días, pero nunca es buena idea pedirle a una veinteañera con novio nuevo que recuerde algo importante.

Fue cuestión de un mes que empezáramos a localizar cadáveres en Arizona y Nuevo México. En todos los casos, la aparición de los cadáveres desangrados coincidía con la desaparición de otra persona de la misma vivienda. Había cuerpos de dos tipos: aquellos a los que les faltaba la sangre y aquellos cuya sangre presentaba las mismas características que la de la chica muerta original, Liza Sole.

Liza Sole era una mujer de veintiocho años de Dallas (Texas) que trabajó como comercial en distintos sitios y pasó por unos cuantos matrimonios antes de decidir retomar los estudios para sacarse su

grado en la Universidad de Arizona. No tardó mucho en cansarse, conocer a otro hombre y mudarse a Nogales (Arizona), donde trabajaba en el Pizza Hut. Como muchas de sus relaciones anteriores, esta tampoco duró, así que se marchó de la casa del novio y alquiló un apartamento, que compartió con distintas personas que llegaban a través de Craigslist y que se marchaban tras vivir allí una corta temporada.

Está claro que el CCPE debería haberse involucrado más, dado que el alcance del virus no dejaba de crecer, pero el centro todavía estaba cautivado por el ébola que desolaba África y que había llegado a los Estados Unidos con los profesionales sanitarios y turistas que regresaban del continente. Mi enfermedad de las células sanguíneas no recibía ni atención ni financiación real. Me nombraron jefe del «equipo» de Nogales un mes después del suceso principal, aunque decir que éramos un equipo es mucho decir, puesto que no estábamos más que yo y los informes que enviaba a Atlanta, sin más apoyo.

En esos informes fue donde empecé a llamarlo Trastorno Hematológico Orgánico de Nogales, THON para abreviar. Le pedí al sheriff Wilson que enviara un anexo a su circular sobre Liza Sole indicando que al CCPE le gustaría recibir información sobre cualquier pista o casos similares por la posible existencia de una enfermedad relacionada con la condición de la sospechosa.

Sin embargo, no lograba que mis superiores prepararan un aviso oficial sobre el trastorno. Dicho aviso habría supuesto que el FBI y los demás cuerpos de seguridad federales emitieran de inmediato una alerta sobre la propagación de la enfermedad y sobre Liza. El aviso habría significado enviar la información a todos los cuerpos de seguridad del país. No estoy diciendo que eso hubiera detenido el

THON, aunque sí habría limitado la expansión de la enfermedad antes de convertirse en emergencia nacional.

Habría salvado vidas.

Aproximadamente un mes después del suceso inicial de Liza Sole, el doctor Gomez solicitó unos días de asuntos propios en el Departamento de Salud de Nogales para dedicarse a mi investigación. Pagando de su bolsillo, me siguió a las distintas ciudades del sudoeste por las que rastreábamos tanto la enfermedad como a los cadáveres y desaparecidos que dejaba a su paso. No tardó en viajar conmigo en el coche que alquilé a cuenta del Gobierno, y me ayudó sobremedida a localizar tanto a personas como al virus. Además de hacerme compañía.

Al principio buscamos a Liza Sole y su virus por Arizona. Era como si fuéramos dos compañeros de la facultad que habían decidido meter todas sus cosas en un cochecito y lanzarse a un viaje por carretera. Lo único que nos faltaba era la nevera con cervezas frías. Los pueblos empezaban a mezclarse unos con otros, nuestros archivos crecían sin parar, mientras que nuestro espacio para ropa enco-gía. Faltaban quince kilómetros para el siguiente motel y me moría de ganas por llegar.

Estaba machacada, así que no tuve fuerzas más que para soltar las bolsas en el suelo mientras contemplaba la cama arrugada del motel. El doctor Gomez (Hector) se había quedado sin presupuesto hacía tiempo, de modo que dormía en el suelo de mi habitación. Se dejó caer allí y apoyó su fina almohada en el destrozado papel de pared. A mí me daba lástima que el condado de Nogales no le pagara la investigación y que tuviera que dilapidar sus ahorros para correr con los

gastos. Su dedicación a resolver la incipiente crisis, como la mía, se crecía ante la adversidad.

Parecía bastante incómodo en sus intentos por convertir el duro suelo en una cama.

—Eh, doctor Gomez —le dije, y él me miró con ojos cansados.

—¿Qué pasa, doctora Scott?

Ladeé la cabeza para señalar la cama.

—En primer lugar, ¿por qué no te llamo Hector y tú me llamas Lauren? En segundo, ese suelo es una mierda. ¿Por qué no duermes en la cama? Hay sitio de sobra para los dos y, a estas alturas, estoy bastante segura de que puedo fiarme de ti. Y, si no, te doy una paliza. No creo que me costara.

Me observó un instante, como si ni siquiera quisiese levantarse del suelo. Empecé a pensar que se trataba de uno de esos ascetas que rehúyen la complacencia y prefieren negarse todas las comodidades.

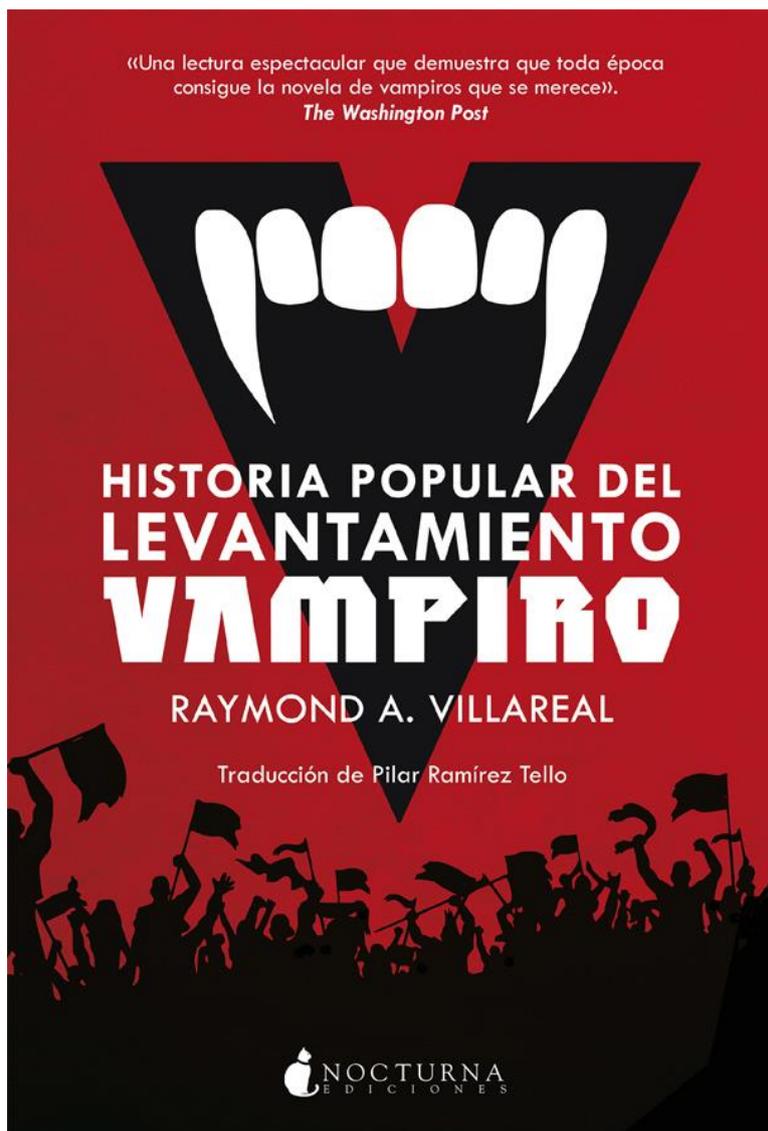
Se levantó sin decir palabra y se tiró sobre el edredón. Después se puso de lado, se aferró a la almohada como si fuera un salvavidas y se quedó dormido en un segundo. Yo seguí tumbada al otro lado de la cama, vestida, y en cuestión de minutos estaba soñando con sanguijuelas.

Al cabo de un mes teníamos ocho muertos confirmados, exangües, y diez personas desaparecidas. Los desaparecidos eran lo más desconcertante de la investigación. No lograba esbozar ninguna teoría plausible que explicara por qué algunas de las personas que entraban en contacto con Liza Sole se perdían del mapa. Si se habían contagiado del virus, ¿no deberían haber muerto en poco tiempo? ¿Las había secuestrado? ¿La seguían por voluntad propia? ¿Las había matado y enterrado en algún paraje remoto?

SIGUE LEYENDO

HISTORIA POPULAR DEL
LEVANTAMIENTO
VAMPIRO

RAYMOND A. VILLAREAL



ISBN: 978-84-17834-34-0 | PVP: 18,50 € | A la venta: 30-9-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com